

ARTISTA: MARLANGO

FECHA: 29 de noviembre de 2005

LUGAR: Palau de la Música (Barcelona)

ESTILO: Pop

Las luces desdibujaban sinuosas las formas del gran Palau, retorciéndolas en siniestras sombras que nos acompañaron durante todo el recital, repartiendo tonos dorados en todas direcciones y haciendo más agradable si cabe la velada que ante nosotros se avecinaba.

Marco incomparable el de ayer, donde la dulce voz de una de las damiselas más deseadas de etérea alma pudo envolver nuestros cuerpos, que ya por siempre nos parecerán desnudos sin la calidez fónica de tan bella criatura. Lástima la lejanía a la que nos condenó el siempre categórico bolsillo, amén de otras circunstancias personales que no vienen al caso, y que no permitieron que es espectáculo fuera de por sí completo.

Comenzó el espectáculo con una cómica pero a la vez seria y loable actuación de un paisano de cuyo nombre no puedo acordarme, maestro entre los sabios en el difícil arte de lidiar en solitario a un público ansioso por ver a sus ídolos y despertar una curiosidad a veces ni solicitada ni deseada. Pero el tipejo se supo defender bien, con su extraño bailoteo de pies entre infinito número de pedales incomprensibles para mortales como servidor, lo cual agradeció mi corto entender en tan interesante menester las explicaciones que sobre la marcha daba el susodicho. Varias versiones pudimos escuchar de su único y seguramente fiel instrumento, una guitarra enrojecida no sé si por el carmín de labios que nunca probaremos o si por la vergüenza ajena de pasar un mal trago ante una multitud tan pronto víctima y verdugo.

Villancico incluido en el improvisado espectáculo, el buen hombre supo ganarse y arrancar un buen puñado de aplausos antes de dar paso y cómo no, agradecer a los anfitriones la exposición de su esperpéntico repertorio en tan noble trasfondo.

Tras unos pocos minutos de espera, acomodando traseros inquietos y maldiciendo en bajo a cabezudas representaciones humanas que a veces más les valdría haberse quedado en lecho, aparecieron por fin la Walting y su séquito, un selecto grupo de músicos cada cual salido de un rincón artístico más enrevesado. Bajo una sencilla pero adecuada composición de luces coloreadas, a tono y juego con las abultadas esculturas que a la vida parecía querían retornar, doncellas cuestionadas por otras damas no menos hermosas, comenzó el recital de canciones de los dos únicos discos que Marlango tienen en el mercado, pero que ya han servido para consagrarlos como uno de los más apetecibles grupos para deleitarse en una romántica noche al calor de unas perfumadas velas y de una mejor compañía.

La ocasión y el repertorio lo merecían, al calor de asientos a la vista ancestrales pero jóvenes en el fondo, pero no haríamos honor a la verdad si dejásemos pasar que más de una vez quisimos saltar ante la explosión y bien hacer de los componentes musicales en proceso práctico de su arte, con rimbombantes solos de guitarra, batería contundente,

voz de terciopelo azul, destellos colplayianos de un pianista soñador y un Louis Armstrong español, blanco y con alopecia.

A pesar de no ser muy ducha en temas de baile, Leo puso sobre la tarima su más carismática pose de *femme fatal* mezclada con aires de inocencia, aroma a pan dulce recién hecho y un susurro arrullador que desafiaba al frío invierno que ya se cierne sobre nuestras desdichadas almas un invierno más. Su vestido no es que dejase demasiado a la imaginación, pero ya se sabe, lo bello es imaginar cada una de sus curvas resbalando entre nuestros dedos, suaves, perfectas, musicales... Pero el toque de humor y sabiduría sobre el escenario, metiéndose en el bolsillo a toda una muchedumbre enfervorizada, fue el pianista, auténtico artífice de los ritmos marlanguianos y gran dominador del chiste fácil. Todo un artista que aún tiene mucho que decir. Estaremos atentos a sus genialidades.

Tras casi dos horas de espectáculo, en el que muchos de nosotros, sin más remedio cívicos ciudadanos y usuarios forzados del transporte público, empezábamos a inquietarnos por lo amplio del repertorio, por otra parte agradeciendo la efusividad y regalo de tan buen puñado de canciones y sorprendidas versiones de calidad y frescura (entre ellas una muy curiosa de *Semilla negra* de los maestros Radio Futura), el espectáculo parecía fenecer a cada segundo, pero siempre resurgía por cortesía del pianista jefe como un fénix inquieto. Con xilofón incluido, la cosa llegó a su fin entre un magnánimo aplauso y visos de que aquello tenía que repetirse algún día.

Pasará mucho tiempo, pero en nuestras memorias persistirá el recuerdo de cómo tener en nuestras manos el universo y agitar la luna a ritmo de una música infinita.

Shake the moon!

poetamuerto